

A PROPOSITO DE RESTAURACION GRAMATICAL.

El estudio de la lengua castellana preocupa desde algun tiempo a gran parte de nuestros jóvenes literatos, que, con una contraccion i empeño dignos de toda alabanza, tienden a despertar en las jentes de letras la aficion a leer los clásicos del idioma, con la mira de purgarlo de tanto vicio como lo afea.

Débil i vacilante en sus comienzos, resuelto i vigoroso despues, el movimiento gramatical que se opera va camino de convertir en partidarios a los tímidos que no lo apoyaban por desconfianza, i en neutrales, por lo ménos, a los que por reputarlo descomedido e inoficioso combatian los propósitos restauradores i depuradores del habla castellana.

Lo que hoi en dia sucede respecto al entusiasmo con que se diserta en materias gramaticales, puede que sea una molestia para el vulgo de los lectores, contajados como lo están por la habitual lectura de obras i periódicos en que sin piedad se maltrata a la hermosa lengua del inmortal Cervántes; pero alentará no poco a los que concibieron la idea feliz de iniciar una campaña contra la turba de galiparlistas i jente zafia, que merodea en los dominios de otras lenguas que la de Castilla para ver de trocar en jirones desaliñados el atavío airoso al par que severo de que tan merecidamente se enorgullecen los paises del habla española.

La rutina, i principalmente la que se afianza en la ventaja de no sujetarse a trabas ni reglas que mortifiquen, es de suyo difícil de combatir, por mas que se invoquen en su contra poderosísimas razones. Por ello no hai que sorprenderse de las resistencias que se oponen a la reforma, toda vez que se trata de promover alguna, en cualquier órden de cosas i ella contraría los usos de antiguo arraigados por la comodidad que prestan.

Ni se diga que en materia de lenguaje la rutina consiste en atemperarse con rigor al empleo de voces i jiros de una época pasada, tolerando sí la introduccion de uno que otro vocablo que exigen de consuno el progreso de las ciencias, los adelantos del arte i el desarrollo mismo de una lengua. Porque, en verdad, i a

juzgar por lo que se palpa en nuestro país, los usos gramaticales dominantes en la mayoría de los escritores, serán todo lo que se quiera pero no castizos. Tanto se ha jeneralizado la práctica licenciosa de escribir sin sujecion a reglas gramaticales, que apenas sí se encuentra como rarísima excepcion alguno que no las estropee.

Para cohonestar el propósito que los guía, alegan los corruptores del idioma que ceñirse al uso de los clásicos es olvidarse de que según se despiertan, combinan i varían las ideas, así también se introducen palabras i jiros no conocidos por los antiguos escritores, pero que corresponden a una verdadera necesidad en las actuales circunstancias.

No negamos que en muchos casos haya conveniencia de dar carta de naturaleza a voces extranjeras, con tal que en ello no se viole la índole castellana, i bien entendido que semejante introduccion de voces es un recurso que en manera alguna debe prodigarse cuando hai otros medios de suplir la falta, especialmente si existen en castellano palabras equivalentes i autorizadas por el uso de los buenos escritores.

Mas, no se abuse de semejante facultad hasta el punto de inventar voces que nada sino el prurito de la mayor libertad en la expresion, o talvez el retraimiento de consultar un diccionario, o el solo capricho, puede justificar. I lo que decimos de las voces desautorizadas que en el discurso se prodigan con rara profusion, es aplicable a las concordancias i rejímenes viciosos, que tanto abundan en la jerga de los modernos escritores i de que están plagados, por obra i gracia de los traductores, no ya los periódicos, mas aun los mismos textos de enseñanza que se ponen en manos de la juventud para el estudio de las letras.

De véras que pone asombro la anarquía i desconcierto que se advierten en esa con propiedad Babilonia de las lenguas que ha introducido, con gran escándalo del buen decir, la licencia pernicioso cuanto osada i detestable cuanto arbitraria, que a manera de inundacion se desborda sin atajo sobre los dominios de la casi proscrita lengua castellana.

La libertad, que por tantos i para tanto se invoca, suministra a los escribroteadores un argumento incontestable en el sentir de los que apadrinan ardorosamente la galiparla; pero un argumento que en filosofía se conoce con el calificativo de *nimis probans*, pues que si a algo conduce es a probar que no ya una época ni un país cualquiera, sino cada provincia del país i cada departamento de la provincia i cada villorrio del departamento i cada individuo del villorrio, tienen pleno derecho para expresarse como la gana diere i la comodidad aconsejare, variando la lengua nativa, con tal que sea en modo que ofrezca la posibilidad de que pueda entenderse la pepitoria que empleen.

El principio de autoridad, necesario a todas luces en el orden social i político, es utilísimo a las claras en materia de lenguaje.

Téngase cuenta de que abandonado al capricho de cada cual, un idioma bastardearía presto de su índole, perdería la uniformidad, se dividiría en mil dialectos (como lo ha probado una experiencia constante); i roto el lazo que liga a él las mas gloriosas tradiciones, que mancomuna los espléndidos triunfos del ingenio, añadiendo un tiempo a otro tiempo i una literatura a otra, repudiárase la herencia que basta a ser el honroso título con que se enorgullece un pueblo culto.

La palabra está íntimamente unida a la idea, el lenguaje tiene conexión estrecha con el pensamiento. En el carácter de una nación cualquiera, i cuando se trata de juzgarla con respecto a sus progresos intelectuales, entra por mucho la consideración del idioma, como que éste es a semejanza del colorido en la pintura i de la forma en la estatuaria. El jenio nacional, que se descubre en el discurso de los sabios, en las creaciones del artista i del poeta, se refleja asimismo en la enerjía o suavidad de las voces, en la mayor o menor soltura de las locuciones, en la variedad de jiros, en las peculiaridades propias de la lengua o modismos, en todo lo que constituye la expresión del pensamiento i lo reviste de galas que lo hermosean.

Desde lo que se ha llamado *siglo de oro de la literatura española* el castellano ha experimentado sustanciales alteraciones. El habla de hoy no es la del príncipe de los escritores españoles, i nos apresuramos a decirlo, ni tampoco podría serlo, como quiera que los países de raza latina que usan el castellano distan mucho de aquella civilización que para bien i honra de ellos brilló tres siglos há en el emporio de la literatura i lengua castellanas. Ni podría serlo, repetimos, ya que el habla de ese mismo *siglo de oro* no fué la de Castilla en tiempos de don Alfonso El Sabio. Entre siglo i siglo media un abismo, bien se considere el estado social de un pueblo o sea que se estudien sus propensiones literarias. Razon no es esta, con todo, para dar de la mano a los clásicos del idioma, los cuales, fuera de encerrar verdaderos tesoros de belleza literaria, serán siempre un modelo digno de imitarse por todos los que en algo estiman la dición correcta, clara i elegante, que de continuo se advierte en la lectura de las antiguas obras castellanas.

Ni uno ni otro extremo: ni llevar el respeto a los clásicos hasta el punto de construir las frases tal i exclusivamente como en lo antiguo se construyeron, sin tolerar jénero de licencia; ni desentenderse de los cánones i usanzas de la lengua, so pretexto de que son antiguallas de mal amaño, ociosas e incómodas por demás. Menester es no aferrarse a los modelos con un cariño que raye en fanatismo, ni olvidarse de ellos con un descuido que termine en odio mal encubierto.

No faltan, a propósito del movimiento que entre nosotros impelle a que se imite el lenguaje de los buenos autores, no faltan quienes se burlen del empleo de términos i locuciones que, sor-

prenden por su novedad, aunque lejítimamente autorizadas; i esto por la circunstancia de no ser de moda los tales términos i locuciones. Hai, en prueba de ello, algunos que se imaginan poner en ridículo a los restauradores de la lengua exhibiendo aquella tan conocida fábula de don Tomas de Iriarte titulada *El Retrato de Golilla*, en que el autor acumula ingeniosamente cuanta antigüalla le sujere su amarga jenialidad. ¡Triste manera de combatir! Antes que apelar a semejante recurso, debiérase apuntar las razones que obran contra el empleo parcimonioso de los resortes que la práctica de personas respetabilísimas i el diccionario de la lengua ponen a discrecion de los noveles escritores. Por lo demas, reconociendo que toda reaccion es mui ocasionada a excesos, por lo mismo que ella entraña la oposicion de una doctrina a otra, i aunque, segun lo hemos expresado ántes, no estamos por los extremos, es menester disculpar los extravíos en que se incurra obedeciendo a sanos i útiles propósitos. Tanto se ha reducido el vocabulario castellano, que creemos afirmar sin exajeracion el que una tercera parte de las voces contenidas en los diccionarios de la lengua yacen ahí como curiosidades i nada mas. El restablecimiento mesurado de esas voces prestará un buen servicio al idioma; porque muchas de ellas no tienen equivalente, o si lo tienen, el equivalente usado no expresa la idea con la fidelidad, enerjía i belleza apetecibles.

Esto por lo que toca a las palabras. Si de locuciones se trata, hai algunas que convendria restablecer con gran ventaja de la riqueza i flexibilidad del idioma. Existen en castellano expresivos modismos que incrementan su caudal i a marabilla sirven para desterrar la monotonía del discurso: son un resorte precioso que mui rara vez se pone en juego, a causa de que mui pocos entienden el mecanismo de que aquellos son parte.

Si de los detalles pasamos al conjunto, ojalá se restableciera el jenio de la lengua, sobrio al par que airoso, delicado i tierno al par que adusto i arrogante, jenio fertilísimo para la poesía, envidiable para la ciencia, esclarecido para las letras.

Antes de terminar este desaliñado artículo, queremos ocuparnos en uno de los cargos mas serios que se formulan contra la restauracion que se inicia de usos españoles en la forma de la diction. Nos referimos a la nimiedad, al vacío de pensamientos, que, a lo que dicen, se observa en el lenguaje con que se intenta reemplazar al hoi en moda, no ménos que a la difusion que se introduce por razon de encadenarse largas cláusulas en un solo período.

Cuanto a lo primero, reputamos que es un defecto nacido de la atencion que se pone en que el lenguaje sea puro i castizo. Natural es que por mirar a la forma se descuide el fondo; pero ello no es parte a que se induzca de hechos aislados una regla jeneral: cesando la causa, que nosotros atribuimos a circunstancias del todo pasajeras, cesará por ende el efecto que ella produce.

Lo segundo es en nuestro sentir, no un defecto propio del período castellano, que ántes bien condensa el pensamiento con sin igual precision, mas sí de los escritores bisoños, a quienes el ningun manejo del idioma i la falta de preparacion para escribir los fuerza a hilvanar cláusulas que mal se avienen en un mismo período.

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

CANTO SOBRE LA RECONQUISTA DE BUENOS AYRES,

TRABAJADO POR UN PORTEÑO.

(Conclusion.)

Las furias desatadas del Averno
Salen a introducirse en los mortales,
Y Ministros sangrientos del Eterno
Exercen sus decretos divinales;
La Discordia consigo trahe el Infierno
Rodeada de voraces animales,
Y en su carro de fuego, el ayre hendiendo,
Pasea las filas con semblante horrendo.

Los moradores del Olimpo erguido
Uno a este, y otro a aquel Campo inclinado
De hito en hito, escudriñan su partido,
Pues el éxito, Dios lo habia ocultado;
Los Genios tutelares mui seguido
Presentan memorial al sér increado,
Y éste de magestad, y gloria lleno,
Así prorrumpe con su voz de trueno:

“Habitantes del Cielo, Descendencias
“Para llenar mi trono, destinadas,
“Ministros que cumplís las providencias
“En mi Consejo eterno, decretadas,
“¿Por qué discordan hoy vuestras sentencias?
“¿Qué pudo traher las mentes fascinadas?

“¿No habeis leído en mi esencia incircumpscrita
“(Pues esto os toca) la sentencia escrita?”

“¿Ygnorais que en España belicosa
“Tengo mis complacencias soberanas
“Difundiendo el amor que me rebosa
“Por las ciudades tuyas mas lexanas?
“¿No veis a Buenos Ayres tan llorosa?
“¿No advertis balancear sus ideas sanas?
“Justo es, que á sus lamentos preste oído,
“Así mi Augusto Padre lo ha querido...”

La luz de gloria al punto los rodea,
Y el decreto eternal fixos mirando
Sobre el éxito leen de la pelea
Firmada la victoria á nuestro bando:
Al momento esta Diosa, que pasea
La Europa, raüda acá viene llegando,
Y en carroza dorada al son del viva,
Trahe de alígeros Genios comitiva.

Desata del futuro las cadenas
El Hacedor, y ordena Omnipotente,
Que del choque principien las escenas,
Que representará una y otra gente:
Desparrámase al punto por las venas
El bélico furor, y de repente
La algazara nació, nació el chillido,
La muerte, fuego, el tiroteo, y quexido.

A pesar que los nuestros recibieron,
Ser su número corto, no adiextrados,
Con un valor no visto resistieron
Al torrente de Yngleses desatado.
Muchos entre ellos, fuertes se metieron,
Envian al Orco, un séquito avanzado,
Y once, o doce, executan mil acciones,
Que su nombre colmó de aclamaciones.

Al avance, al avance se encaminan,
Y la rabia los pechos ocupando,
A par que al enemigo se avecinan
Van cañones, y obuces disparando.
Los fusilazos corren, y rechinan
Y en las Personas, confusion entrando,
Matan, hieren, vocean encarnizados,
De la plaza al rededor situados,

Parecian, devorarse sanguinarios
Y la caballería nuestra aguerrida,
Atropella, y despues de lances varios
Quitó un cañon, y a muchos de ellos, vida.
Reuniéronse a aquel trozo mas contrarios,
Dan á los nuestros nueva acometida,
Mas viniendo Miñones de repente,
Los cortan de aquel puesto enteramente.

Tomada posesion ya por los nuestros
De aquella calle, y del cañon fornido,
A fuerza de trabajos, logran diextros
A la recoba echarlos de corrido.
Mas los Yngleses siguen muy siniestros
Haciendo fuego de azoteas seguido,
Quando Españoles van con rabia fiera,
Y acheando puertas, los arrojan fuera.

Dos bocas eran nuestras de la plaza,
Y desde allí a la par de cañonazos
Rociando la metralla, la infiel raza
Los barria luego, los hacia pedazos;
Nuevo golpe aun á ellos amenaza,
A pesar, que arrojaban sus balazos,
Pues nuestros esquadrones avanzando
Ya se iban al alcázar acercando.

Aun estaba indecisa la Victoria,
Y parece que Palas balanceaba,
A quien habia de dar la invicta gloria,
Que al mismo punto, su égida recaba.
Mas cerca está ya el lance de memoria,
El monumento de la gente brava
Que en la América nuestra, Cárlos tiene,
Y que tanto á su esplendor conviene.

Dos horas sin parar se habia hecho fuego
Habiendo mil estragos de ámbos lados,
Y cada uno del campo nuestro ciego
Forjaba sus proyectos elevados,
El grande General con blando ruego
Pedia á los suyos fuesen por sus grados,
Pero ningun mundano contendria,
El ardor que el ejército tenia.

¿Mas qué pincel por fino es suficiente
A retratar el quadro interesante

De una Juventud tierna, que ferviente
Venga el derecho de su Patria amante? . . .
¿Despues del ocio muelle, y permanente,
Cómo se arroja intrépida delante? . . .
Jóvenes tiernos, ínclitas Personas,
Recibid ya mil cívicas coronas.

Nó, mi lira no puede celebraros
Que lo que de sus cuerdas resonara,
Solo seria bastante a desairaros,
Pues hazañas tan grandes no llenara.
No trato, mis Paisanos, de injuriaros,
Otro que elogie valentía tan rara,
Que al punto torno de dó habia salido
Al pensar en vosotros embebido.

Los Yngleses del fuerte temerosos
Un fuego tan graneado viendo fuera,
Tratan salvar su vida, ya arditos
Del degüello, que juzgan les espera:
Así izan al momento cabilosos
Pidiendo parlamento, esta bandera,
Mas los nuestros, los siguen, los acaban,
Y Española, Española demandaban.

Entónces de un furor nuevo agitados
Trépanse hasta los muros, los Miñones,
Y arremetiendo ardientes los soldados
Con sable en mano, quitan los cañones.
Ríndense los Yngleses perturbados,
Ruegan é instan con varias sumisiones,
Y su acero tirado tremolaron,
La bandera Española, y se entregaron.

El viva, viva, que pobló los vientos
Fué tanto, y excesiva la alegría,
Que á los mas ciudadanos de contentos
Parece les faltó el juicio este dia:
Retumbaban las calles con acentos
De tan comun, y larga gritería,
Y el orgullo Anglicano de este modo
Cesó, cesó, pero cesó del todo.

Entregados ya al placer nobles Porteños,
Llenos de unas delicias tan grandiosas,
Y mirad ya concluidos los diseños
Que os bosquejé en mis liras dolorosas;

Ya de vosotros mismos sois los Dueños,
Se desataron ya aquellas esposas
Que una fatalidad bien desastrada,
Aherrojó en vuestra suerte despiadada.

Ya Marat, Robespierres, no os gobiernan,
Ya sus revoluciones se acabaron,
Ya aquellos Catilinas, no se internan
Que su conjuración ántes formaron,
Ya para subyugaros, no se alternan
Los que ¡ah dolor! un día os abandonaron;
Revive Ciceron, y en bélico arte
Un Pichegru, un Moxó, y un Bonaparte.

Ya serán vuestros ayes escuchados,
Y las lágrimas ¡ay! del miserable,
No serán insultados de malvados,
Sino se enxugarán de un modo loable.
Los méritos serán considerados,
Nada al favor, o empeño será dable;
Teneis un xefe, sí, xefe aguerrido,
Bueno, recto, que habeis todos querido.

El mirará con ojos paternales
Vuestras vidas, haciendas, y derechos,
Y aliviará ¡ay! en parte aquellos males,
Que ántes os agoviaban tan desechos.
Habrá él de castigar los criminales,
Prohibirá á sus Ministros, los coechos,
Ni de Astréa ha de inclinarse la balanza
Teniendo el justo en Temis su confianza.

¡Qué ideas en mí se excitan tan grandiosas!
Los años despeñados veo, que giran,
Y hundiéndose en cavernas tenebrosas
Pasando al rededor de mí me admiran.
¡Yo noto las familias ya dichosas...!
¡Qué Auras consoladoras se respiran...!
¡Yo veo feliz mi Patria...! ¡ilusion grata...!
¡Qué néctar dulce el corazon dilata!...

Y tú, Jóven sublime, héroe aguerrido,
Cuyas hazañas cantará la fama,
Juan Martin Puirredon, presta su oido
A este tributo corto, del que te ama.
No soy, nó, un ciudadano prevenido,
Soy el eco del Pueblo, que te aclama:

Recibe su homenaje . . . irás pasando
De una á otra gente con mi acento blando.

Ynclito Washington, yo he de aplaudirte
Por un Patricio instruido, y valeroso,
Y en lo melifluo, y tierno, en producirse
Por otro Ciceron mas compendioso:
Yo Aquiles, Héctor, Marte, he de decirte,
Y al emprehender tu encomio el mas gozoso,
Confesaré entusiasta, que al laud mio,
Le faltan fuerzas a trazar tu brio.

No te suplico, intrépido Paisano,
Sino que mires por tu Patria, ardiente;
¡Ay! abatido el buen Americano
Hasta ahora levantó su humilde frente:
Esto no es suplicarte, que liviano
Emprehendas, lo que Bruto, osadamente:
Nó, nó, son justas las Yberias leyes,
Amamos leales, los Christianos Reyes.

Habla, ruega, convence, insta, importuna,
Para que a los Patricios los atiendan,
Sé el grande Mediador de su fortuna
Que no habrá miedo, que á su Rey ofendan;
Esta es disposicion muy oportuna,
Para que esos talentos se desprendan,
Colocar al Patricio es conveniente,
Que el Ynforme de México lo cuente.

Thomas Valencia fuerte, por dos veces
Ya celebrado de la lira mia,
Recibe el homenaje que mereces
Por tu talento, gloria, y valentía;
Tú en la boca de los Porteños creces,
Y veraste cantado en algun dia
Quando esta reconquista se refiera
Al Orbe, y á la estirpe venidera.

Tú, postrado en el lecho, bien ostentas
El patriotismo grande que te rige,
Y hablando de la Patria, así te alientas,
Que salido de tí, ni el mal te aflije.
Tu mérito no ignoro . . . mas no intentas
Que todos lo conozcan . . . así elige
Lo debo yo hacer . . . mientras obedezco,
Y en nombre de mi Patria te agradezco.

Y vosotros, Miñones aguerridos,
Contad con los elogios mas cabales
De los Porteños, que hoy ya redimidos,
Recuerdan tiernos sus pasados males.
Ellos os vivirán reconocidos,
Coronas os darán obsidionales,
Y á vuestro afecto, y subsistencia fieles
Mil regalos, mil palmas, mil laureles.

Vosotras tropas todas que vinisteis
A exponer por la Patria vuestra vida,
Y que fuertes y alegres resististeis
En tierra afanes, y en la mar, cruxida,
Pues con tanto valor os defendisteis,
Recibid la alabanza, que es debida,
Y todos los Porteños os desean,
Que vuestras glorias, vuestros Nietos vean.

Voluntarios amados, valerosos
Mil loores os prodiga hoi el laud mio,
Pues á vuestro hogar Patrio, afectuosos,
Mostrasteis finos, vuestro noble brio.
Vivireis en los siglos asombrosos
Por Patriotas de amor, y poderío,
Y premiará el gran Cárlos muy amante
Lustre tan luminoso, é interesante.

Comercio, que con mano protectora
Habeis sumas inmensas impendido,
Deléitase en la escena seductora,
Que en mucha parte, el Pueblo os ha debido.
¡Oxalá atesoreis ilustre ahora!
¡Oxalá os mire Cárlos sin olvido,
Y que vuestra bondad, y galantía,
Aumenten vuestras glorias dia por dia!

Cabildo grandioso, y respetable,
Padres de esta mi Patria agradecida,
Que del modo mas frio, y amigable
Habeis mirado por salud, y vida;
Oxalá el sér primero, é inefable
Os colme de sus dones sin medida,
Y que duren por todo eternamente
Los nombres de Lezica, y Saens-Valiente.

Vivid, vivid, Campeones esforzados,
Vivid, pues inflexibles sostuvisteis

Nuestros derechos ¡ay! tan vulnerados,
Y sin duda al peligro os expusisteis.
Nosotros de un amor tal penetrados,
Pagaremos muy bien quanto emprendisteis:
Seguid, seguid, la causa defendiendo,
De este Pueblo el mas fiel, que estais rigiendo.

Y tú, General recto, héroe aguerrido
Don Santiago Liniers, lleva paciente
Que un talento tan corto haya emprehendido
El dar hoy loores á tu celo ardiente.
No soy (gracias á Dios) tan atrevido
Que me crea á hacer tu elogio, suficiente,
¿Pero al defecto triste de apocado
Agregaré el de ingrato, el de malvado?

¿Cómo no publicar vuestra grandeza
Mostrar las emociones, que me llenan,
No mirar á mi Poética pobreza
Con los gustos que á todos enagenan?
¡Qué...! ¿insensible seré a tanta proeza?
Y las cuerdas del laud, aun no resuenan?
Corre, cítara tosca, y al momento,
Afectos pulsa, que en el alma sienten.

De la opresion, Señor, del despotismo
Benigno nos libraste... generoso
Guiado de un verdadero patriotismo
Juntastes tropas, claro, y valeroso.
Trabajaste... venciste... el egoismo
No cupo en ese pecho victorioso:
Magnánimo, modesto, amigo, bueno,
El Pueblo le miró de pasmo lleno.

El por su voto unánime, y sincero
Te ha aclamado por xefe, deseando
Dar por tí, hasta su aliento postrimero
Si es que resulta algun opuesto bando:
El te ama, te obedece placentero
Y sus voces al Cielo levantando
Te demanda mil gracias, te apellida
Padre, Conquistador, Salud, i Vida.

Recibe pues gustoso este holocausto
Que un Pueblo agradecido te prodiga,
¡Oxalá el Hacedor dulce, inexausto,
Hasta tus Nietos últimos bendiga!

Mas justo ordena, que el Patricio infausto
En aquel decaimiento no prosiga;
Amalos, búscalos, tierno te muestra,
No hallarás intencion suya siniestra.

El realce mas brillante del que manda,
Es ostentarse humano, y compasivo,
Y si la voluntad se muestra blanda,
Para con el contrario ya cautivo,
Es un rasgo tan grande, que demanda
Un heroismo santo, y el mas vivo:
La humanidad caracteriza al hombre,
Y así llega a deificar su nombre.

El héroe Macedonio, segun pienso,
Nunca mas grande se ostentó y prudente,
Que quando prorrumpió en un llanto intenso
Viendo á Darío destruido enteramente,
Y quando á aquel Rey Poro ya indefenso
Honró con la amistad mas eminente,
Y un Héroe Julio Cesar fué aquel dia,
En que á Pompeyo su rival gemia.

No es esto, pretender beneficencia,
Que al público, y justicia perjudique,
Ni puedo creer que esta comun sentencia,
De tan original modo se explique:
Ser justo, castigar es excelencia,
Y hace, que al General se comuniquen
El renombre de pródigo, y la gente,
Ciñó para esto de laurel su frente.

Participa al benéfico, al amante,
Al exelente Carlos, los sucesos;
¡Plegue a Dios, que mi Patria se levante
Y a tu sombra, reflectan sus progresos!
Yo salgo con mi vida por garante!
Que atendida han de haber excesos,
Y que un nuevo esplendor observaremos
Si consultados los Patricios vemos.

Socorre al triste, pobre, é indigente
Que en su orfandad las lágrimas tragaba;
El, de posibles falto, vanamente
Socorro, al orgulloso suplicaba:
Abrase vuestro seno compaciente,
Hónrese á aquel que el vulgo despreciaba,

Para que alzen al Cielo entrambas manos
Y den gracias de hallarse ciudadanos.

Al Labrador, Señor, que nos sustenta
A ese hombre bueno, honrado, y necesario,
Foméntalo... sus premios mas aumenta...
Hasta ahora ha sido un mero tributario,
La víctima, que inmola avarienta
La mano de los hombres con su Erario;
Patrocínalos pues, sé un Triptolemo,
Así bendecirán al Sér Supremo..

A las ciencias grandiosas, al remedio
Del corazon humano, á su atractivo,
Míralas como Padre, y por tu medio
Logren todo su lustre seductivo;
Quizá el Pueblo las vió hasta ahora con tédio
Sé un Augusto, un Mecenas compasivo;
Abriga, llama al sábio, que se oculta,
Y á Mevio, y á Aristóbulo sepulta.

De este modo, Señor, todos gustosos
En adorarte habrán de durar finos,
Y ciegos seguirán, y respetuosos,
Tus órdenes, por todos los caminos,
Y si á la frente visteis victoriosos
Los Patricios, siguiendo tus destinos,
Los mirará contentos adelante
Tu gobierno alabando, y pecho amante.

Y vosotros, gloriosos defensores,
Que al templo de la gloria os encumbrasteis,
Y que en el choque fuisteis vencedores,
Quando en eterna noche os sepultasteis,
Recibid, recibid mis tiernos loores,
Yo os envidio el honor que acá lograsteis:
Sin duda de la Patria, al placer dados
Tendreis de nuestros gozos, dobles grados.

A los que por la Patria fenecian,
Deidades, Ciceron apellidaba,
Y á los Jóvenes tiernos, que seguian,
La Apoteosis hecha á héroes emulaba.
El grande Horacio á los que así morian,
Con dulzura, y honor, muertos llamaba,
Y en los Campos Eliseos, el Mantuano
Les da el lugar primero, y soberano.

Oh Manes excelentes, yo os invoco
Desde el asilo de mi Patria amada,
Suspended mi entusiasmo, que ya toco
La barrera al mundano denegada;
Yo fuera de mí mismo, sí, os coloco
En la mansion de luz glorificada;
Oh! si mi Patria estátua os fabricase,
¡Quál la posteridad os imitase!

Vosotros viviriais eternamente
Y el tiempo arrasador contendria duro
Su mano destruidora . . . , y reverente
Os daria el Orbe su laurel seguro:
Vosotros fuisteis Codros, é igualmente
Los Marco-Curcios, y el Patriota Ancuro,
Y al gran Mucio Scevola aventajasteis
Y al Clelia la Vestal atrás dejasteis.

El heróico Pericles retornando
A Atenas, desde Samos, muy verboso
A aquellos, que habian muerto peleando
Hizo su elogio, General famoso;
Y así los encumbró Olímpico blando,
Que las mugeres que pedian su Esposo
Al oir tanta grandeza se trocaron,
Y al xefe, cintas, palmas le votaron.

Si poseyera yo toda su afluencia,
Texeríaos panegíricos famosos,
Y poniendo á la vista la excelencia
Atletas os llamara victoriosos . . .
Recibid nuestra justa reverencia,
Y ese ascendiente, que lograis gloriosos,
Empleado ya á favor del Pueblo entero
Que os lloró, os alabó, é imitó guerrero.

Alegraos finalmente, Ciudadanos,
El corazon extiéndase en el pecho,
Que ya son vuestros votos soberanos
Oidos por el Creador para provecho.
Recobrad vuestro nombre, Americanos,
Dad gracias finas, á quien tanto ha hecho,
Y concluyendo con la voz sumisa
Entonad ¡VIVAN CÁRLOS, MARÍA LUISA!

JUAN RAMON ROJAS.

INVESTIGACION HISTORICA

ACERCA DE UN FILOSOFO DEL SIGLO XV.

La época que presenció la decadencia de la *Escolástica* i las primeras manifestaciones de la *filosofía moderna* es, sin duda, una de las épocas ménos conocidas de la historia de la filosofía. Al paso que las investigaciones críticas han tratado de poner en claro no solo los hechos i documentos históricos de fecha mas reciente sino tambien los pormenores i la filiacion de los sistemas filosóficos de tiempos mui distantes del nuestro, por falta de estudios especiales sobre aquella época, nada o casi nada encontramos en los historiadores contemporáneos que permita apreciar con exactitud, por sus verdaderos aspectos, los orígenes i progresos de la filosofía moderna.

Las ideas que corren jeneralmente por válidas, en punto al desenvolvimiento del espíritu filosófico en los siglos XIV i siguientes hasta la revolucion cartesiana, falsean muchas de las causas que concurrieron a producir la nueva direccion que tomó la especulacion científica, dejando sin explicacion suficiente la decadencia de las doctrinas escolásticas i la reaccion iniciada contra estas doctrinas en el siglo XIV i consumada tres siglos mas tarde por Renato Descártes. I si no son del todo aceptables los juicios que respecto del carácter de esa época se han formado los historiadores de la filosofía, con mayor razon se ha de dudar de sus apreciaciones sobre el carácter de tal o cual sistema especial que tuvo entónces una influencia relativa en el desarrollo del movimiento filosófico: en este punto, las obras i los autores han sido juzgados muchas veces con total desconocimiento de los hechos.

A consecuencia de la ignorancia que aun hoi reina sobre la época de que hablamos, muchos piensan que la revolucion obrada por Bacon i Descártes no tuvo raices en los siglos que los precedieron, i otros señalan como continuadores de la obra de los doctores escolásticos a los mismos que fueron los primeros en corromper el método i doctrina de la escuela, i otros, en fin, apoyándose en esta opinion superficial i sin embargo de las protestas de profundo respeto que les ha merecido la filosofía de la Edad Media, han concluido que esta filosofía propendia de suyo a la sutileza i vaciedad a que la redujeron los nominalistas del siglo XIV. De aquí es que nada hai de extraño en que no se haya hasta ahora colocado en el puesto que merecen las obras mas no-

tables de aquel tiempo, i en que la mas completa oscuridad envuelva la vida de ingenios ilustres conocidos apénas de nombre i por la fama que han dejado sus escritos.

Entre estos filósofos, pocos han tenido la suerte de Raimundo de Sebonde: su obra principal la *Teología natural* o el *Libro de las creaturas*, tuvo numerosas ediciones en idioma latino i muchas en lengua francesa, en que la puso Miguel Montaigne. Sin embargo, ¿se sabe algo de cierto, de satisfactoriamente probado sobre su vida, lugar de su nacimiento, sobre el número de sus obras i la lengua en que las escribió, sobre la época precisa en que floreció? Hasta los Manuales de historia de la filosofía hablan de Raimundo de Sebonde i le atribuyen el *Libro de las creaturas*; pero, si algo dicen los historiadores sobre la naturaleza de la obra, los datos acerca del autor son demasiados escasos, i sobre ser escasos, contradictorios: ni aun sobre el nombre de Sebonde hai completo acuerdo.

La *Teología natural* es una obra digna por muchos conceptos de la fama que alcanzó en otra época i del estudio de todos los aficionados a la especulacion filosófica. Ella es bastante a dar sobrados títulos a su autor para que se le cuente entre los mas eminentes pensadores de su tiempo.

Raimundo de Sebonde se propuso escribir un tratado completo de teodicea al alcance de toda clase de personas: recomienda su libro a los clérigos como a los laicos, es decir, pues que tanto valian esas palabras, a la jente instruida i a la ignorante. Las Sagradas Escrituras i la ciencia de las cosas creadas i especialmente del hombre son para él los dos medios de llegar al conocimiento de nuestro Creador; pero con mas facilidad pueden todos leer en el libro de la naturaleza que en los libros divinos en que "solo saben leer los clérigos."

El conocimiento del hombre es el objeto mas propio de las meditaciones del filósofo: de él nace el conocimiento del fin a que ha sido ordenada nuestra naturaleza, i de las relaciones que nos ligan con el Creador. Pero, agrega Raimundo de Sebonde, como el hombre está íntimamente ligado con los séres que lo rodean i posee las perfecciones de estos séres que han sido creados para servirle, es necesario que el estudio de las demas creaturas preceda al estudio de nosotros mismos, para elevarnos en seguida al estudio de Dios. Conforme con este plan, desenvuelve ampliamente su pensamiento en los trescientos treinta capítulos que comprende la obra.

El *Libro de las creaturas*, si bien es una apolojía del cristianismo al modo como lo eran las obras apolojéticas de la Edad Media, es decir, puesta en armonía con los principios de la filosofía, sin embargo, se distingue de los libros filosóficos de su época en que adopta una forma mas libre de la que se acostumbraba jeneralmente en la escuela: si conserva el método, no procede siempre por divisiones i subdivisiones de una misma

materia con el correspondiente número de objeciones i escolios, en la manera que exajerarán hasta el extremo los primeros corruptores de la doctrina i método escolásticos. Esta independencia de Raimundo de Sebonde, como el desprecio que manifestaba por los doctores contemporáneos, de quienes decia que tardarian cien años en enseñar cosas que pueden aprenderse en un mes, han dado a álguien motivo para juzgarlo un precursor de Descártes.

Un plan lójico, la abundancia i profundidad de las pruebas en apoyo de cada una de sus tésés, la forma en que su libro ha sido escrito: tales son las principales dotes de la *Teología natural*. Por eso, si no han faltado quienes hayan querido deprimir su mérito, otros ha habido que la han encomiado talvez con exajeracion i pocos habrán manifestado un juicio mas favorable a aquella obra que Montaigne.

El célebre escritor frances dedica el capítulo mas largo de sus *Ensayos* a hacer la apolojía de Raimundo de Sebonde. Sus propias palabras revelarán el concepto que de este filósofo se habia formado. “A decir verdad, escribe en una parte refiriéndose a Sebonde, lo encuentro tan sólido i tan feliz en establecer por razones naturales los artículos del cristianismo, que pienso que nada mejor se puede emprender en semejante clase de argumentacion, i creo que nadie hasta ahora lo ha igualado.” I en otra parte añade: “Conozco a un hombre respetable, mui versado en las letras, que me ha confesado que habia salido de los errores de la incredulidad arrastrado por la fuerza de los argumentos de Sebonde.”

El mismo Montaigne, penetrado de la importancia de la obra i creyendo hacer un servicio especial a la ciencia, vertió en frances el *Libro de las creaturas*, i puso así al alcance de mayor número de lectores un libro que hasta entónces habia sido reimpresso muchas veces i era leído uníversalmente.

La importancia de la obra significada por sus numerosas ediciones i ponderada por los elojios de Montaigne, no ha sido bastante para despertar la curiosidad de los críticos i moverlos a investigar la vida del autor. Las noticias que a este respecto se encuentran en los historiadores, tan reducidas como son, han sido tomadas de unas mismas fuentes, sin que estudios especiales hayan comprobado la verdad de esas noticias con el exámen de los documentos que les sirven de base.

Hoi, sin embargo, parece que no pasará mucho tiempo sin que vea la luz pública una biografía completa i verdadera de Raimundo de Sebonde. Se ha publicado recientemente en Paris un opúsculo sobre el célebre filósofo, (1) que acabamos de leer con mucho interes, en el cual se trata de rectificar los hechos que

(1) *Un inconnu célèbre* por D. Reulet: un vol. en 12.º de 326 páj. Paris, 1875, en casa de Víctor Palmé.

han sido hasta hoy materia de las biografías de Sebonde, apoyándose el autor en documentos que los biógrafos no habían consultado, i en razones que, si no son suficientes a convencernos de las ideas que sostienen, merecen con todo ser tomadas en cuenta. Este estudio crítico sobre la vida de Raimundo de Sebonde, que comprende tambien un análisis somero de su obra principal, la *Teología natural*, allana el camino para ulteriores investigaciones, i por las dificultades que suscita acerca de la patria del filósofo, es probable que no falte quien trate de poner en claro este punto i ahondar mas el exámen de sus obras.

Antes de ver el resultado de las investigaciones críticas del autor de que hablamos, debe el lector conocer la biografía de Sebonde tal como jeneralmente ha sido escrita. La autoridad en que se ha apoyado la mayor parte de los biógrafos modernos es la de Bayle, i del *Diccionario histórico i crítico* de éste han tomado los datos para componer sus biografías.

Segun el *Diccionario* de Bayle, Raimundo de Sebonde nació en Barcelona, probablemente a fines del siglo XIV: fué profesor de medicina, filosofía i teología en la universidad de Tolosa en el siglo XV: sus escritos le valieron una justa reputacion, i mereció mas tarde que su obra principal fuera traducida al frances por Montaigne. Las obras que se atribuyen a Sebonde son: *Theologia naturalis sive liber creaturarum*, que es su obra capital; *Quæstiones disputatæ*; *Viola animæ* i los diálogos de *Natura Hominis*. Pero Bayle advierte que estos dos últimos libros forman una misma obra con diversos nombres, obra que es el compendio del *Liber creaturarum*, i por eso el autor del *Diccionario* dice que el autor era de aquellos que, despues de haber publicado un libro que juzgan de mérito, lo reimprimen de tiempo en tiempo bajo formas diferentes, al modo de aquellos cocineros que, habiendo confeccionado un guiso nuevo que ha labrado su reputacion, lo reproducen despues de mil modos diversos.

Estos datos que suministra el *Diccionario histórico i crítico* sobre la biografía de Sebonde, i que se reducen a indicar la patria del autor, las cátedras que desempeñó en la universidad Tolosa i el número de las obras que compuso, son los hechos mas autorizados que consignan los biógrafos, i si a ellos se agregan los testimonios de Escalíjero i de Tritemo, que han agregado algunas obras al catálogo de las anteriormente enunciadas, i fijado la fecha de su muerte, se puede decir que nada mas ha contribuido a dar alguna luz sobre la vida de Sebonde.

El autor del opúsculo a que nos referíamos reputa fabulosa la historia de Raimundo de Sebonde que con tales materiales ha sido escrita, i a ella opone la historia que en su concepto es verdadera: el nombre del filósofo, su patria, la lengua en que escribió sus obras, el número de éstas, la fecha de su muerte, son las cuestiones a que consagra capítulos especiales para resolverlas como cree mas conforme con la sana crítica.



Ha servido a nuestro autor de punto de partida de sus estudios el exámen de un documento hasta ahora inédito: un ejemplar manuscrito del *Libro de las creaturas*, que posee la biblioteca de la ciudad de Tolosa. En la última página de este manuscrito se leen las siguientes líneas: “Así termina el *Libro de las creaturas* o de la *Naturaleza*, intitulado tambien el *Libro del Hombre*, para quien han sido hechas las otras creaturas: fué comenzado en la noble i venerable universidad de Tolosa, el año del Señor 1434 i concluido en la misma universidad el año 1436, el 11 de febrero, que fué dia sábado, en honra, gloria i alabanza de la Santísima Trinidad, de la gloriosísima Vírjen María, madre de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, i en provecho de todos los cristianos i de todos los hombres. Este libro queda sometido en todas sus partes a la correccion de la Santa Iglesia romana.” A continuacion de estas líneas, se lee una declaracion firmada por dos notarios de Tolosa, contemporáneos de Sebonde, de la que resulta que el ejemplar manuscrito pertenecia a uno de ellos i ha sido correjido en vista del orijinal escrito por su mismo autor “el reverendo maestro Raimundo de Sibiude, doctor en teología, artes i medicina, que murió el penúltimo dia de abril del año de 1436,” es decir, tres meses despues de haber concluido su obra: i se agrega en la declaracion, que la correccion de los notarios “ha sido terminada el miércoles de ceniza, 13 de febrero del año de 1436 de la Encarnacion del Señor.”

Admitida la veracidad de este documento inédito, como racionalmente debe admitirse en fuerza de las razones que la prueban, quedan averiguados dos puntos no probados hasta hoi, a saber, cuál fué el verdadero nombre del autor de la *Teología natural* o *Libro de las creaturas* i la fecha de su muerte.

Una objecion ocurre hacer, sin embargo, contra la veracidad del manuscrito respecto de estos puntos, fundada en la contradiccion aparente que se nota entre las fechas indicadas por las primeras líneas trascritas i por la declaracion de los notarios de Tolosa; porque, al paso que aquellas líneas dicen que el *Libro de las creaturas* fué terminado por su autor el 11 de febrero de 1436, que cayó en dia sábado, de la declaracion agregada resulta que la correccion hecha por los notarios quedó concluida solo dos dias despues de haber salido la obra de manos de su autor, lo que no es concebible, i aun queda por resolver la contradiccion en los dias indicados en ámbos pasajes, pues que en uno se dice que el 11 de febrero de 1436 fué un dia sábado, i en otro que el 13 del mismo año fué dia miércoles. Pero como hemos dicho, semejante contradiccion es aparente: nace de que, segun las costumbres de la época, el año civil comenzaba algunos meses mas tarde que el año eclesiástico, de modo que admitiendo que los notarios pusieron las fechas siguiendo la marcha del año civil, como debieron hacerlo, i que Sebonde siguiera la marcha del año eclesiástico, como es de presumirlo, la dificultad queda enteramente

salvada. Tan así ha de haber sucedido, que, si verificamos por medio del calendario los hechos anteriores, resultan absolutamente exactos.

El año de 1432 era el fijado por la jeneralidad de los biógrafos como la fecha de la muerte de Sebonde: segun las investigaciones críticas recientemente publicadas, no ha muerto sino cuatro años mas tarde. El nombre del autor del *Libro de las creaturas* consta del documento inédito, que puede considerarse como una copia auténtica del texto orijinal escrito por el autor. Sebonde, Sibiude, Sabeyde, Sabunde: de todos estos modos se ha apellidado al profesor de la universidad de Tolosa. Sibiude es el apellido lejítimo; pero como es jeneralmente conocido con el nombre de Sebonde, con el que lo dió a conocer mas universalmente Montaigne, es difícil que se rehabilite el de Sibiude.

Si el estudio sobre Raimundo de Sebonde da bastante fundamento para determinar la fecha de su muerte i su verdadero nombre, no ha resuelto, a nuestro juicio, las demas cuestiones que se habia propuesto resolver. Debemos confesar que nos parecen mui probables las razones que alega para reducir las obras escritas por Sebonde a la *Teología natural*; pero no asentiremos a esta opinion, a ménos que nuevas i mas sólidas pruebas la justifiquen; por lo pronto el *non liquet* es el juicio que acerca de este punto nos hemos formado.

¿Sebonde escribió su obra en latin, como se deduce de la declaracion puesta al pié del documento inédito de la biblioteca de Tolosa, o la escribió en español, del cual afirma Montaigne que la vertió en lengua francesa? Todas las probabilidades inducen a creer que la *Teología natural* fué escrita por su autor en latin, i de este idioma pudo traducirla el autor de los *Ensayos*. Su equivocacion en tal caso se explicaría admitiendo que Montaigne, demasiado familiarizado con los escritores clásicos de la antigüedad, hubo de juzgar “español disfrazado con terminaciones latinas” lo que era latin con palabras, jiros i modismos españoles.

La nacionalidad de Sebonde es el punto en que talvez están mas de acuerdo sus biógrafos: el presbítero Reulet, autor del opúsculo sobre aquel filósofo, cree que están en un error i niega que España haya sido su patria. Tanto Bayle como los demas escritores que hacen nacer a Sebonde en España, han seguido la autoridad de Tritemo; persona cuyo testimonio es mui respetable, pero que en el punto sobre que versa la cuestion, no merece para nuestro autor entera fé. Veamos por qué razon.

El *Catálogo de los escritores eclesiásticos* de Tritemo goza de merecida estima. El candor, la buena fé, el amor del autor a la verdad, se revelan en cada una de sus páginas, i si estas cualidades bastaran para aceptar con confianza un libro de investigacion i de crítica, Tritemo seria el primero de los biógrafos; pero, por desgracia, le falta un requisito indispensable a los que a los trabajos de investigacion se consagran: el discernimiento para elejir

solo lo que es digno de eleccion. Su cronología es poco segura: así dice que Sebonde floreció (*claruit*) en el año de 1430, cuando no pudo gozar de la reputacion que le labraron sus escritos, sino despues de haberles dado comienzo, es decir, despues de 1434. La lijereza de Tritemo se manifiesta, pues, en este error de fechas, i en usar de la voz *claruit* que no puede aplicarse a Raimundo de Sebonde, desconocido en su vida hasta en el lugar donde daba sus lecciones; esta lijereza, por otra parte, es comun en el *Catálogo*, que tiene muchas veces los mismos elogios para los Padres de la Iglesia que para escritores enteramente desconocidos.

Tal es en resúmen la argumentacion del presbítero Reulet para ver de debilitar la fuerza del testimonio de Tritemo, argumentacion que no convencerá a nadie i que por sí misma se destruye. En efecto, no es razon para dudar de la veracidad de Tritemo el que admita que Sebonde floreció en Tolosa el año de 1430. Supóngase o dése por enteramente probado, si se quiere, que la *Teología natural* no fué comenzada por su autor sino en 1434. De aquí nada puede concluirse contra la afirmacion de Tritemo. Raimundo de Sebonde fué profesor de la universidad de Tolosa probablemente durante algunos años, i debió de ser muy conocido como profesor ántes de publicar su obra, puesto que es sabido que en esa época numerosos alumnos iban a escuchar las lecciones de los diversos ramos a esa universidad. Pero se tacha de lijero al biógrafo porque emplea la voz *claruit*, que no puede decirse de Sebonde sino por una hipérbole injustificable. A nuestro modo de ver, no hai mucho de hiperbólico en semejante voz, ya que comunmente se usa para denotar la idea de que un autor se dió a conocer especialmente en tal o cual época de su vida, es decir, denota la misma idea que nuestro verbo florecer. I si se desechara el testimonio de Tritemo, porque en el presente caso habria dado a un escritor mas importancia de la que tuvo, seria enteramente nula su autoridad, lo que no se atreveria a afirmar el presbítero Reulet, puesto que era éste el modo habitual de escribir de aquel sabio: en el *Catálogo de los escritores eclesiásticos*, de cada uno de ellos se hacen los mismos elogios, se dice que floreció, *claruit*, en tal o cual época.

Nuestro autor debió darse a buscar argumentos mas positivos para desmentir lo que hasta hoi han admitido universalmente los biógrafos de Sebonde: no bastaba con negarle a Tritemo el suficiente criterio en la eleccion de los datos que le sirvieron para componer su libro, para quitarle a la España una de sus glorias. El latin de la *Teología natural* le ha dado motivos, es verdad, para afirmar como muy probable que su autor fuera frances; pero sus conjeturas están destituidas de fundamento. Las frases que el presbítero Reulet cita en apoyo de su opinion, tanto prueban que quien las ha escrito ha sido un frances como dejan presumir que fuera un español. La construccion latina de esas frases se

asemeja a jiros i construcciones comunes a ámbos idiomas, sobre todo en la época que floreció nuestro filósofo, en que el francés i el castellano, nacidos de una misma fuente, tenían mucha mas semejanza que en la actualidad.

Las investigaciones críticas del autor del opúsculo sobre Raimundo de Sebonde han esclarecido, pues, dos puntos de su vida con mui fundadas pruebas: en cuanto a los demas datos apuntados por los biógrafos, si han contribuido a allanar los obstáculos que hasta aquí han impedido ver la verdad, no son bastantes a destruir los testimonios a que universalmente se ha dado crédito. No han aumentado los materiales para escribir una biografía completa del sabio profesor de Tolosa; pero han abierto el camino para que nuevos estudios sean coronados con ese éxito.

El presbítero Reulet dedica la mitad de su opúsculo a la crítica del *Libro de las creaturas*. El exámen atento de la obra capital de Sebonde debe ser, en efecto, objeto de los que tratan de apreciar como merece a un autor i de investigar la influencia que ejerció sobre sus contemporáneos i sucesores i lo que él mismo debió a los que le precedieron. Ya hemos dicho que aquella crítica es un análisis somero i superficial. El plan jeneral de la obra i la citacion de los pasajes del *Libro de las creaturas*, que han parecido al crítico los mas hermosos de la obra, forman toda la segunda parte del trabajo, en que el autor da una pobre idea de sus conocimientos filosóficos; unas veces elogia a Sebonde, atribuyéndole títulos que no le corresponden, i otras confunde opiniones i sistemas mui diversos; cuando cuenta a aquel entre los realistas, parece manifestar que no conoce absolutamente la cuestion del nominalismo i realismo que fué la gran cuestion filosófica en la Edad Media, i que lo ha sido i será siempre, miéntras el espíritu humano sienta ansias de investigar los problemas fundamentales de la filosofía. Sin embargo, el presbítero Reulet tiene el indisputable mérito de haber llamado la atencion hácia una obra hoi dia poco estudiada, i despertado la curiosidad de los leyentes con las citaciones que pone a su vista: los párrafos extractados son, en realidad, mui hermosos, i convidan a leer toda la obra.

Un estudio mas detenido de los trabajos de Raimundo de Sebonde puede solo determinar el puesto que le corresponde entre los filósofos de su época: la investigacion crítica del presbítero Reulet ha mostrado el camino i deshecho algunas dificultades en que habrian de tropezar los que se determinaran a recorrerlo. Si al mismo tiempo que se estudia la filosofía del profesor de la universidad de Tolosa, son objeto de estudios especiales los ingenios que sobresalieron en la misma época, será posible llevar a término la historia de la filosofía en los siglos XIV, XV i XVI, trabajo que hasta hoi no ha sido emprendido con feliz resultado.

JOSÉ FRANCISCO VERGARA DONOSO.

PIO VII I NAPOLEON BONAPARTE.

(ORIJINAL DE HUGUET.)

(Conclusion.)

“Lo que quedó de esa horrible jornada no fué mas que un miserable monton de hombres que, siempre acosados por los cosacos i atormentados por el hambre, iban sembrando el camino de cadáveres, sirviendo éstos de pista a los ensañados enemigos. El frio habia vuelto i en pocos días habia llegado a ser insoportable. No solo a soldados sino hasta a oficiales se veia sin armas i cubiertos de andrajes arrastrándose con trabajo apoyados en bastones de pino con los cabellos i la barba erizados de nieve. Los que no tenian fuerzas para avanzar eran abandonados i morian una hora despues. En las marchas se veia caer a cada instante a alguno de esos desgraciados como si el enemigo estuviese haciendo fuego. Cuando acampaban, el espetáculo era mas horrible todavía. Muchos que traian ya la muerte dentro de sí mismos, se sentaban cerca del fuego sobre los cadáveres de sus compañeros que acababan de expirar; miraban con fijeza algunos carbonos encendidos cuyas llamas no tenian fuerzas para alimentar; los carbonos se extinguian, i esos espectros lívidos caian al lado de aquellos sobre quienes estaban sentados. Otros, enajenados por el dolor, con los piés descalzos i helados, se arrojaban en medio de las llamas, donde perecian lanzando agudísimos gritos, miéntras otros poseidos de igual demencia los seguian i encontraban la misma muerte.”

Estos rasgos, elejidos entre otros mil igualmente horribles i transmitidos por testigos oculares, dan una idea del estado en que se hallaba el ejército frances cuando retrocedió hácia el Niemen. (13 de diciembre 1812.)

El historiador i testigo ocular de esa terrible campaña refiere que durante el momento de reposo que hubo en Smolensk, se preguntaba uno cómo era que todo se habia olvidado en Moscow, por qué tantos bagajes inútiles, por qué tantos soldados muertos de hambre i de frio bajo el peso de sus mochilas, cargados de oro en lugar de víveres i de vestidos, i se preguntaba sobre todo si treinta i tres días de descanso no habian bastado para preparar los caballos de la caballería, de la artillería i de los carros, bas.

tones de fierro que hubieran hecho mas segura i rápida la mecha. Entónces no habríamos perdido lo mas selecto de nuestros soldados en Biazma, en Utop, en el Dnieper i en todo el camino; en fin, Kutusof, Wittgenstein i quizas ni Tchitchacoff no habrian tenido tiempo para preparar mas funestas jornadas.

Pero, ¿por qué, a falta de órdenes de Napoleon, esa precaucion no fué tomada por los jefes, que eran todos reyes, príncipes i mariscales? ¿No se previó acaso el invierno de Rusia? ¿Contó demasiado Napoleon con la prevision de sus soldados acostumbrado a la industriosa intelijencia de éstos? ¿Habíanlo alucinado el recuerdo de la campaña de Polonia, durante un invierno tan suave como los nuestros i un sol brillante cuya perseverancia durante todo el mes de octubre habia admirado a los rusos mismos? ¿Qué vértigo se habia apoderado del ejército i de su jefe? ¿Con qué contaban el uno i el otro? Porque suponiendo que en Moscow la esperanza de la paz hubiese de slumbrado a todos, siempre habria sido necesario regresar i nada preparado habia ni aun para un regreso pacífico.

La mayor parte no podia explicarse esta ceguedad de todos sino por su propia incuria i porque en los ejércitos, como en los Estados despóticos, a uno solo toca pensar por todos: así, pues, ese solo era responsable i la desgracia que autoriza la desconfianza impulsaba a cada uno a juzgarlo. Observábase ya que en esa falta tan grave, en ese olvido inverosímil en un jenio tan activo, durante una permanencia tan larga i tan ociosa, habia algo

de cet esprit d'erreur
de la chute des rois funeste avant-coureur.

Estas reflexiones del jeneral de Ségur i de sus compañeros son sumamente notables, dice Rohrbacher. Se ve que aun a los ojos de esos rudos guerreros la conducta de Napoleon i de los que lo rodeaban en esa campaña no era la misma que ántes, no era natural ni humanamente explicable sino como un castigo misterioso de la Providencia. (1)

El cardenal Mattei escribia en 1796 a Bonaparte las palabras siguientes que éste habria debido no olvidar:

“Vuestro ejército es formidable, pero bien sabeis vos mismo que no es invencible; nosotros le opondremos nuestros recursos, que son nuestra constancia, la confianza que inspira la buena

(1) Cuando Napoleon osó levantar la mano contra el Sumo Pontífice cautivo en Fontainebleau; el Vicario de Jesucristo se contentó con decirle estas palabras proféticas: “¡Vuestra fortuna ha pasado!” Desde ese dia el vencedor de la Europa pasó de derrota a derrota; batido en España, batido en Rusia, batido en Alemania, batido en Francia i llegó siempre vencido i fujitivo hasta Fontainebleau donde firmó su abdicacion en *el mismo aposento i en el mismo sitio* en que habia ultrajado al sucesor de Pedro. Sabida es, por lo demas, la suerte que corrieron todas esas Majestades napoleónicas de que él habia cubierto la Europa. . . . I sin embargo ese hombre estaba fuerte aun, i habia ganado la batalla de Jena. —H. DE BONALD.

causa, i sobretodo el auxilio de Dios que esperamos obtener. Sabemos bien que los incrédulos i los filósofos modernos ridiculizan las armas espirituales; pero, si lo que Dios no permita, llegara el caso de usarlas, vuestras falanjes darian sin duda una funesta prueba de la eficacia de aquellas armas. Convengo con vos en que la guerra que hariais al Papa seria mui poco gloriosa; en cuanto al peligro que, segun creéis, no encontrariais al emprender esa guerra, nuestra confianza en Dios no nos permite creer que existiese sino para vos i para los vuestros.”

ANGUSTIAS DE NAPOLEON EN FONTAINEBLEAU.

Como se sabe, el emperador habia hecho venir a Pio VII a Fontainebleau a fin de tenerlo a la mano i esperando obtener al cabo, a fuerza de instancias i de vejaciones, alguna concesion de ese anciano desgraciado i debilitado por los sufrimientos que acababa de experimentar. Eran alejados sistemáticamente del Papa los cardenales fieles i los servidores adictos. El augusto Pontífice se consolaba en esa soledad forzada celebrando diariamente el adorable Sacrificio del Calvario i meditando aquellas palabras del Divino Crucificado: “Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia.” En medio de sus sufrimientos consolaban al Vicario de Jesucristo la uncion de la gracia i la satisfaccion que se encuentra en el cumplimiento de un deber sagrado.

La Providencia no tardó en hacer que el perseguidor de Pio VII expiara en ese mismo lugar los ultrajes inferidos al Pontífice.

Durante los siete dias que tuvo que permanecer en Fontainebleau para aguardar la ratificacion por Inglaterra del tratado de 11 de abril, Napoleon, que habia saboreado durante tantos años la mas extremosa lisonja, experimentó entónces el abandono. Las agonías de la fortuna son mas tristes que las agonías de la existencia porque aquellas sienten lo que pasa en derredor de ellas, i duran mas. La expiacion que debia continuar en el destierro comenzaba ya. No solamente habia despreciado mucho Napoleon a los hombres, sino que exijiéndoles una obediencia ciega, sin condiciones ni escrúpulos, rebajando los séres morales al rango de agentes mecánicos, los habia envilecido. ¿Qué raro, pues, que en el momento en que la fuerza abandonaba a sus manos, (la fuerza, único motor de los agentes materiales) volviese a encontrar Napoleon a los hombres que lo rodeaban en el lugar que él mismo les habia señalado, es decir, al nivel de su desprecio?

Triste i desalentado, vivia retirado i oculto en un rincon del palacio de Fontainebleau. Si salia algunos instantes de su cámara, era para pasearse en el jardinillo situado entre la antigua galería de los Ciervos i la capilla. Su curiosidad extinguida, no se reanimaba sino cuando el insólito ruido de ruedas despertaba los

dormidos ecos del gran patio i anunciaba una partida o un regreso, mas frecuentemente lo primero que lo segundo. Entónces, como hombre que ha entrado ya en las sombras i el silencio del pasado i se vuelve para oír el bullicio del mundo de la vida i del movimiento que llegan hasta él, queria saber quién venia a visitar el reino de la soledad i del abandono. Raras veces eran satisfactorias las respuestas. Sus mas caros confidentes, los que mas de cerca le habian servido, no venian. Algunos hombres que se habian mantenido distantes i conservado el sentimiento de la dignidad humana fueron los únicos que visitaron a Fontainebleau desierto.

NAPOLEON INTENTA SUICIDARSE.

Napoleon, a quien se atribuye una fuerza de carácter poco comun, tuvo sin embargo la debilidad de querer atentar contra su vida cuando sintió el peso de la desgracia.

Devorado por los pesares i por el remordimiento que le causaba el recuerdo de toda la sangre que habia hecho derramar para satisfacer su ambicion i no encontrando, como Luis XVI, un consuelo i un refugio en los principios relijiosos, la vida le fué insoportable.

Tres veces estuvo Napoleon a punto de poner término a su existencia. Las fuentes de donde hemos sacado nuestros documentos no son sospechosas, pues nos los suministran el mismo héroe i el jeneral Montholon.

“Si he de morir, escribia Napoleon ¿no vale mas que me mate? Ya que comienzo a experimentar la desgracia, ya que no hai placer para mí ¿por qué he de soportar una vida en que nada prospera?

“La vida es para mí una carga porque no disfruto de ningun placer i todo es pena para mí.”

Mas tarde, en la *Historia de la cautividad de Santa Elena*, por el jeneral Montholon, volvemos a encontrar, con años de distancia, la misma idea pero en un grado mas avanzado i hasta en via de ejecucion. Vamos a copiar las palabras mismas de Napoleon tales cuales las cita el jeneral Montholon. Hélas aquí:

“Me encontraba en una de esas situaciones nauseabundas que suspenden las facultades cerebrales i hacen de la vida una carga demasiado pesada. Mi madre acababa de confesarme todo el horror de su posicion. Forzada a huir de la guerra que hacian los montañeses corsos, estaba ella en Marsella sin ningun medio de existencia i sin contar mas que con sus heróicas virtudes para defender el honor de sus hijas contra la miseria i la corrupcion que respiraban las costumbres de aquella época de caos social.

“Habiéndome privado de mis sueldos la malvada conducta del

representante Aubry, todos mis recursos estaban agotados; no me quedaba mas que una asignacion de cien centavos. Salí como arrastrado por un instinto hácia el suicidio, pero sin poder vencerlo. Algunos instantes mas, i yo me habria arrojado al agua, si la casualidad no me hubiese hecho topar con un individuo cubierto de los vestidos de un simple obrero i que reconociéndome me echó los brazos al cuello i me dijo: “¿Eres tú, Napoleon? Cuanto gusto tengo de volver a verte.” Era Demassis, mi antiguo compañero de artillería; habia emigrado i vuelto a entrar a Francia disfrazado para ver a su anciana madre; pero, debia volver a salir. “¿Qué tienes? me preguntó, no me escuchas, no te regocijas de verme. ¿Qué es lo que te pasa? Te me figuras un loco que va a matarse.” Esa alusion directa a la impresion que me dominaba produjo en mí una revolucion, i sin reflexionar, se lo dije todo. “¿No es mas que eso? me dijo, abriendo su mala blusa i sacando un cinturon que me entregó; ahí tienes treinta mil francos en oro, tómalos i salva a tu madre.”

Hé aquí ahora la tercera circunstancia en que Napoleon intentó suicidarse:

“Despues de la retirada de Rusia yo llevaba constantemente, dice Napoleon, colgada al cuello una bolsita con veneno: Ivan fué quien lo preparó por órden mia temiendo yo ser prendido por los cosacos. Mi vida no pertenecia ya a la patria, los acontecimientos de esos últimos dias me habian hecho dueño de ella. ¿Por qué sufrir tanto?, me dije, i quién sabe si mi muerte no colocaria la corona en la cabeza de mi hijo. La Francia se habria salvado entónces. No vacilé, salté de mi cama i diluyendo el veneno en un poco de agua lo bebí con una especie de alegría. Pero el tiempo le habia quitado su virtud. Los atroces dolores que sentí me arrancaron algunos jemidos; oyéronlos i me socorrieron. Dios no quiso que muriese todavía. . . . Santa Elena era mi destino.”

HUMILLACIONES I PARTIDA DE NAPOLEON AL DESTIERRO.

El 18 de abril de 1814 los cuatro comisionados designados por las potencias coligadas para acompañar a Napoleon hasta el puerto de embarco llegaron a Fontainebleau: eran el jeneral Schouwaloff por la Rusia, el jeneral Kolher por el Austria, el jeneral Campbell por la Inglaterra i el jeneral Waldbourg Truchsess por la Prusia. La partida se fijó para el 20 de abril; Napoleon, invitado a ello por los comisionados, señaló él mismo la hora. A las doce del dia, los carruajes de viaje estaban en fila en el patio del Caballo Blanco, bajo la escala de la Herradura. El mariscal Bertrand entra a los departamentos del emperador para anunciarle que todo está pronto. Su guardia, triste resto de tantas guerras, estaba sobre las armas. Los cuatro comisionados extranjeros estaban

presentes i el pequeño número de servidores fieles que habian permanecido en Fontainebleau para ser testigos de la última escena del imperio estaban formados en dos filas en el salon a que daba el gabinete imperial.

La epopeya del imperio ha llegado a su término, lo que queda del emperador i lo que queda de tantos ejércitos imperiales que han vencido en todos los campos de batalla se encuentran en el patio de Fontainebleau para darse el último adios. A fin de que todos los actores de esas jornadas heróicas estén representados, la Europa ha enviado sus testigos.

Los carruajes se ponen en movimiento i ruedan hácia la primera estacion del destierro; escóltanlos las tropas destinadas para el efecto. Ha concluido el primer imperio; su convoi sigue la ruta de Lyon.

En Moulins, se vieron las primeras cucardas blancas. El 24 de abril, a las doce del dia, encontraron los viajeros cerca de Valence, al mariscal Augereau. Napoleon i el mariscal bajaron de sus carruajes, saliéronse al encuentro el uno del otro i se abrazaron; pero mientras el primero se descubrió la cabeza, *el segundo permaneció con ella cubierta*. Lo que respetaba éste en su antiguo soberano era el poder i no un derecho; perdido ese poder, el soberano estaba al nivel del súbdito, que, recobrando la familiaridad republicana, *tuteó al emperador*, quien lo habia tuteado reprochándole su injuriosa proclama contra él; el mariscal le devolvió reproche por reproche, recordándole la insaciable ambicion a que habia sacrificado la Francia. Importunado pronto por esta conversacion, Napoleon, que habia caminado mas o ménos un cuarto de hora al lado de Augereau dirijiéndose hácia Valence, se detuvo bruscamente, lo abrazó otra vez, lo saludó i volvió a subir a su carruaje. *Augereau, con las manos en la espalda, lo dejó partir sin llevar siquiera una mano a su gorra de viaje, i cuando el emperador hubo subido al carruaje le hizo por todo adios un jesto equívoco*.

Desde Orange, por donde quiera que el cortejo pasaba era recibido con gritos de *¡Viva el rei!* a los cuales se mezclaban injurias i amenazas contra el emperador caido. En Orgon, levantaron una horca con un figuron todo cubierto de sangre, delante de la posta en que los coches debian detenerse. Las mujeres sobretodo se mostraban desapiadadas. La cólera de tantas madres, de tantas huérfanas, de tantas viudas privadas de su marido, de sus hijos, hervía en las almas ardientes de esas furias meridionales. Pedian con una voz unas veces amenazadora otras suplicante la sangre de Napoleon como una satisfaccion que les era debida por lo que habian sufrido. El papel de los comisionados europeos se hizo difícil. No habian previsto que tendrian necesidad de una escolta, no para defender su vida, pues no corria ningun riesgo, sino para defender la del hombre que habia sido emperador de los franceses, contra el pueblo que habia sido su pueblo. No vieron

otro medio de salvar su vida que sacrificar su dignidad. En Orgon el conde Schouwaloff arengó a la multitud furiosa; le representó “el profundo abatimiento de aquel a quien querian castigar,” agregando que “el desprecio era la única arma que se debia emplear contra un hombre que habia dejado de ser peligroso, i que seria indigno de la nacion francesa tomar otra venganza.” La relacion de Waldbourg agrega: “el emperador se ocultaba detras del jeneral Bertrand lo mas que podia; estaba pálido, desencajado i no pronunciaba una palabra. Cuando vió que el pueblo apludia este discurso, hizo señales de aprobacion a Schouwaloff i le agradeció mas tarde el servicio que le habia prestado.”

Triste escena, donde nadie está en su lugar, nadie cumple con su deber, ni esa vil multitud que, despues de haber soportado el despotismo poderoso, viene a insultar al poder caido i sin defensa; ni estos comisionados extranjeros que, encargada la proteccion del emperador a su lealtad i a su respeto hasta que haya llegado a la isla de Elba, de donde es soberano, entregan su dignidad como rescate de su vida; ni el mismo emperador, quien consiente tan indigno comercio. Tenia la grandeza del jenio, pero le faltaba esa otra grandeza aun mas alta que dan el sentimiento del derecho i de la virtud. Ni el real ajusticiado de la plaza de Withe-Hall, ni el real ajusticiado de la plaza de la Revolucion habrian aceptado semejante defensa. Luis XVI ordenó a Séze que no enterneciera a sus jueces. Aunque era rei, queria pedir la justicia a sus súbditos, pero no aceptaba la piedad, ménos aun el desprecio.

A un cuarto de legua de Orgon, Napoleon creyó necesario para su seguridad tomar un disfraz. Se vistió, dice la relacion, de una mala blusa azul, se cubrió su cabeza con un sombrero redondo con *escarapela blanca*, i montó sobre un caballo de posta para galopar por delante del coche, haciéndose pasar por un correo. En San Canat, en la Calade, pequeña posta en el camino real, encontró la misma acojida, i tuvo las mismas aprensiones. Toda su comitiva, desde el jeneral hasta el galopin de cocina, continua la relacion, estaba cubierta de escarapelas blancas. En seguida tuvo la idea de vestirse con el uniforme austriaco del jeneral Kolher, i para evitar toda sospecha, solicitó de sus compañeros muestras de familiaridad; pidió al cochero del jeneral Kolher que fumara, i al jeneral que cantara o silbara en el coche. Cuando tomaban algun alimento en las posadas, no se atrevia a probar ningun plato, por temor de ser envenenado. Rogaba a los comisionados que registraran si en las casas donde alojaban habia puertas ocultas por donde poder escapar en caso de alarma. De ese modo llegó a San Maximino, haciendo siempre el papel de jeneral austriaco, miéntras que el ayuda de cámara del jeneral Schouwaloff, el mayor Olewieff, ocupaba su lugar en el coche i hacía, a peticion suya, el papel de emperador. (1)

(1) Al leer estas líneas, se puede preguntar qué se habia hecho el valor de ese

Habiendo sabido que el sub-prefecto de Aix estaba en este lugar, continúa la relacion de Waldbourg, lo hizo llamar i le habló en estos términos: “Debeis de avergonzaros de verme en uniforme austriaco. Me he visto obligado a tomarlo para evitar los insultos de los provenzales, han cometido toda clase de crímenes i de horrores en la Revolucion, i están prontos a renovarlos; pero cuando se trata de combatir con valor, son unos cobardes. Jamas la Provenza me ha suministrado un rejimiento del cual haya podido yo quedar contento; pero mañana estarán tan encarnizados contra Luis XVIII como lo están hoy contra mí.” Despues de haber hablado algùn rato en este sentido, se volvió hácia los comisionados i les dijo que Luis XVIII no haria jamas nada de la nacion francesa si la trataba con bondad.

En San Maximino, los comisionados supieron que habia en Luc dos escuadras austriacas, i a peticion de Napoleon, enviaron al comandante la órden de esperar su llegada para escoltar al emperador hasta Fréjus.

Aquí se detiene el itinerario de Waldbourg, no dejando en el corazon sino sentimientos de tristeza i de una humillacion profunda. El alma humana queda sin consuelo ante el anonadamiento de esta inmensa fortuna, porque no encuentra nada que amar ni admirar. En Mario, sentado sobre las ruinas de Cartago o en presencia de Cimbra, encuentra, al ménos la fuerza moral sobreviviendo a la fuerza material, i la grandeza pagana del hombre desafiando con sus intrépidas miradas los golpes de la fortuna, que ha podido derribar su poder, pero no abatir su corazon.

En la abdicacion voluntaria de Cárlos V, conmueven la libertad misma de la accion, i una elevacion de alma mas alta que el poder que deja. En Luis XVI, en sus últimos momentos, el rei caido se transforma en santo i en mártir; el soberano ha caido, pero el hombre no baja, sube: “¡Hijo de San Luis, subid al cielo!” Nada semejante hai en el camino de Fontainebleau a Fréjus. Esta multitud no tiene compasion, la victoria de la Europa, representada por sus cuatro comisionados, carece de jenerosidad i de nobleza, la desgracia de Napoleon no tiene prestijio. No sabe encontrar en su pasado ningun rayo que ilumine las sombras de su adversidad. Es una vida deplorablemente atacada que se defiende por medios vulgares; el estratajema, el disfraz, la fuga, los subterfujos; el último acto de la tragedia del imperio baja hasta la comedia. La grandeza pagana i la grandeza cristiana faltan allí. Para encontrar la enseñanza contenida en esta escena, es preciso elevarse hasta el juicio de Dios, por el cual dos soberanos salian con corta diferencia de Fontainebleau; el primero, el Papa Pio VII, atravesando triunfante la Francia arrodillada bajo su bendicion para ir a ver a su ciudad de Roma, feliz i orgullosa de verlo;

hombre que habia dictado leyes a la Europa i expuesto tantas veces su vida en los campos de batalla.

el segundo, Napoleon, atravesando la multitud amotinada contra él i sedienta de ultrajarlo, miéntras él va mas allá de los mares a buscar un destierro. Dios se muestra sabio en sus enseñanzas aun cuando el hombre se apoque.

VUELTA TRIUNFANTE DE PIO VII A ROMA.

Para decidirse entre la usurpacion francesa i el gobierno del Papa en Roma, basta consultar la historia, que nos enseñará cómo se mantuvieron los revolucionarios en los Estados Pontificios i cómo fué recibido Pio VII a su vuelta.

Los primeros emplearon la violencia, las cortes de justicia i las cortes especiales; los hechos mismos alegados por la Revolucion francesa para justificar la invasion de Estado Pontificio prueban cuán odiosa era a las poblaciones, miéntras que las fiestas, las aclamaciones con las cuales fué recibido el Papa a su vuelta manifestaron cuán querido habia sido su gobierno para sus súbditos.

El 12 de mayo de 1814, Pio VII llegaba a Ancona, donde era recibido con los mayores transportes de alegría. Los marinos, vestidos de uniforme, habiendo quitado los caballos de la carroza, se amarraron ellos mismos con cordones de seda amarillos i lacres, i la arrastraron miéntras tronaba la artillería de los baluartes, i en todas las iglesias las campanas enviaban al aire sus gozosos tañidos. En Osimo, el 14, se formó una guardia de honor i le condujo a Loreto. Era un verdadero triunfo en todos los paises que atravesaba; i miéntras tanto, Napoleon se retiraba a la isla de Elba oyendo gritar al rededor de él: “¡Abajo el tirano!” viéndose aun amenazado de un horquetazo en un lugar donde se habia detenido. El Papa recibia las mas sinceras demostraciones de amor del pueblo; se preparaba para recibir con todos los miramientos convenientes a la Señora Loetizia, madre del emperador, que se iba a Roma para buscar allí un refugio. El venerable Chiaramonti volvió pues, a la Ciudad Eterna en medio de las palmas de la Liguria i de los hosanna de su pueblo, tanto tiempo huérfano. Pedro Giordani, de la Academia de las Bellas Letras de Bolonia, pronunció, el 30 de julio de 1815, en presencia de Monseñor Giustiniani, legado apostólico, uno de sus mas brillantes discursos sobre las tres legaciones reconquistadas. Hé aquí la copia de un pasaje; es el testimonio de una persona no sospechosa, i prueba la alegría universal de esos tiempos:

“Los mayores de entre vosotros, dijo Giordani, podeis recordar la paz, la abundancia, la seguridad, la libertad, los estudios florecientes, las soberbias fiestas i las alegrías de este dulce i pacífico gobierno pontifical. Entónces las tierras eran cultivadas para los ciudadanos i no para el príncipe; las producciones del sue-

lo servian para hacerlo mas fértil, mas rico, mas agradable, i no para alimentar a los soldados; el comercio enriquecia a los habitantes i no al fisco, i las riquezas adquiridas por el comercio eran empleadas en el embellecimiento no de una corte, sino de nuestros campos, de nuestros templos, de nuestras casas, de nuestras ciudades; a las bellas artes eran concedidas recompensas i honores, a la pobreza ayuda i socorro; las palabras no ponian a nadie en peligro i las obras se juzgaban segun la justicia. Nuestros antepasados, recordando esta feliz vida, tuvieron siempre el deseo de ver renacer, en una parte tan bella de la Italia, los dias serenos de antaño. La juventud, es decir, mas de la mitad de los vivientes, educada en medio de las armas, en el cambio tumultuoso de las leyes, de las opiniones, de los gobiernos, sabe que no hubo jamas estado civil satisfactorio i capaz de durar; tambien creerán a los hombres que los han precedido, quienes les dicen que, si el antiguo gobierno bajo el cual vivieron contentos vuelve para nosotros, traerá todas las prosperidades. Es lo que la nueva jeneracion debe i espera probar a sus nietos, i no sin grandes motivos los padres i los hijos piensan de este modo. En efecto, los príncipes de los otros Estados tienen necesariamente muchas ocupaciones i muchos placeres que les impiden pensar únicamente en el bien de sus súbditos. Nuestro príncipe no debe amar la guerra ni las conquistas; a él no le convienen ni las cazas, ni los amores, ni los espectáculos, ni los festines, ni las fiestas, ni la ociosidad; no gusta, no puede desear, no puede querer otro placer, otra gloria que gobernar a su pueblo con tanto amor i sabiduría, que todas las naciones se vean obligadas a envidiarle su felicidad. ¿Qué mas diré? La relijion ha podido, sin duda, para desgracia de la sociedad, extraviar el espíritu débil de algunos soberanos i hacerlos víctimas de estratajemas hipócritas; pero la relijion jamas puede hacerse superticiosa en el Soberano Pontífice, quien la conoce mejor que cualquier otro i la enseña a los demas hombres. ¿Cómo, pues, las esperanzas de todos no serian justificadas por el padre comun de todos los cristianos?

Inmensos aplausos acojieron este discurso. El autor escribia desde Placencia, el 20 de agosto de 1815, al cardenal Consalvi: “Fuí escuchado i despues leído como un hombre que ha dicho sin adulacion lo que todos piensan. En mui pocos dias innumerables copias de este discurso se repartieron en Bolonia, en las provincias i en la Italia; lo que prueba que los pensamientos pertenecian no solo al orador, sino tambien al público.” El público, pues, observa Félix Peraldi, el público no solamente de Bolonia, sino tambien de las provincias de la Italia, aplaudió oyendo describir la felicidad de los pueblos bajo los Papas i elojiar su gobierno como el mejor de su naturaleza, i esto habia tenido lugar poco despues de esta pretendida felicidad de que gozaban los súbditos del Papa bajo el gobierno usurpador, que, segun los ple-

nipotenciarios sardos, desde el congreso de Paris en 1856, habia, como por encanto, cambiado el aspecto de las legaciones!

SANTA ELENA.

La isla de Santa Elena está situada en medio del Atlántico, a novecientas leguas de la costa de Africa, a trescientas de las del Brasil, hácia el grado 16 de latitud mas allá del Ecuador. Tiene veintiocho millas inglesas de circunferencia, poco mas o ménos la superficie de Paris ántes de 1860.

El suelo de la isla es el de un volcan enfriado desde hace siglos; la única piedra que se encuentra allí es esponjosa, roja i tan blanda que se la labra a mano. Las cimas están rodeadas de bosques, pero los valles están desprovistos de todo cultivo. La tierra vegetal no se encuentra sino donde se la ha llevado. El agua no existe sino en cantidades insuficientes para las necesidades de una numerosa guarnicion; así era a lo ménos cuando Napoleon fué desterrado a la isla. La poblacion de Santa Elena es como de quinientas almas incluyendo la guarnicion. Los colonos son en su mayor parte antiguos empleados subalternos de la Compañía de las Indias. La vida es mui corta; es raro que allí se llegue a la edad de sesenta años. El clima es devorador para los europeos. Las variaciones de la atmósfera son considerables, frecuentes i súbitas. La estacion de las lluvias sobre todo es la peor; las enfermedades que enjendra son la disenteria e inflamaciones del hígado. La Inglaterra escojió bien el lugar de sus venganzas, si habia contado con el clima i con las miserias de semejante destierro.

Despues de haber pasado dos meses en Briaro, habitacion de un negociante ingles, Napoleon se instaló en su nueva posada de Longwood: era una casa de madera expuesta durante nueve meses del año a la humedad de las lluvias o a las tempestades, i que durante otros tres meses calcinaba el sol de plomo de los trópicos. Napoleon habitaba una pieza cuyas dos ventanas se abrian sobre el campo del rejimiento número 54, destinado a su guardia. Tenia por muebles un canapé, algunas sillas, una cómoda, un velador, el catre de fierro de Austerlitz del gran Federico, i los retratos de las dos emperatrices i del rei de Roma.

Longwood, en su oríjen, no era sino una especie de granero de la Compañía de las Indias. Esta casa, restaurada de prisa, i tal cual apropiada para la residencia del emperador i de sus compañeros de infortunio, estaba situada en la parte mas malsana de la isla, asentada sobre un terraplen, batido sin cesar por impetuosos vientos o cubierto de húmedas nubes, despojado de árboles i de vejetacion. "Este pais es mortal, decia Napoleon; donde no hai flores, el hombre no puede vivir. Este cálculo no se

ha escapado a los discípulos de Pitt.” Añadia: “Trasformar el aire en instrumento de asesinato: esta idea no se le habia ocurrido al mas malvado de nuestros procónsules; no podia jerminal sino a las orillas del Támesis.”

Sin embargo, fué allí donde vivió cerca de seis años, bajo la custodia del jeneral ingles sir Hudson Lowe. Este hombre fué fiel a la mision de odio que se le habia confiado. Se mostró carcelero mas bien que gobernador; esbirro i no soldado. Cada dia, en su humor inquieto i colérico, añadia nuevas privaciones a las que Napoleon debia sufrir; ya tasando las raciones de vino de los prisioneros, ya rehusando los víveres necesarios, i obligando al emperador, para alimentar a sus compañeros, a vender su vajilla o su platería. En vano Napoleon pedia diarios i libros; no se le concedian sino de tarde en tarde; se le prohibió toda comunicacion con los habitantes de la isla, toda correspondencia libre con los suyos, toda relacion con los militares de la guarnicion. No podia escribir a nadie sin que sus cartas fuésen sometidas al exámen del gobernador i de los subalternos. Un viajero que llegaba de Europa despues de haber visto de cerca a María Luisa i a su hijo, no podia recibir el permiso de dar a este padre infortunado noticias de estos objetos tan queridos de su corazon. Por estos tormentos impíos esperaban debilitar sus fuerzas morales, i abreviar la duracion de su existencia.

Leyendo un dia a Andrómaca, i llegando a aquellos versos tan conocidos:

Je passais jusqu'aux lieux où l'on garde mon fils;
Puisqu'une fois le jour vous souffrez que je voie
Le seul bien qui me reste et d'Hector et de Troie,
J'allais, seigneur, pleurer un moment avec lui:
Je ne l'ai point encore embrassé d'aujourd'hui....

abundantes lágrimas llenaron sus ojos, i cerró el libro. Pensaba en ese otro Astyanax que tanto habia amado él, que ya no volveria a ver, i que debia sobrevivirle apénas algunos años. En seguida estos recuerdos se trasportaban hácia la Córcega, teatro de sus primeros juegos, cuna amada de su infancia, hácia la escuela de Brienne, donde trascurrió su juventud; hácia esa Francia a quien habia llenado de gloria i de duelo.

“Nada es mas difícil aun a los hombres superiores, dice el padre Lacordaire, como soportar el reposo; cuando el alma i el cuerpo se han acostumbrado al trabajo solemne de los grandes acontecimientos, no pueden ya sufrir la sencilla i pacífica sucesion de los dias. Esta paz fria es para ellos un sepulcro. Extrañan el ruido, la agitacion, las alternativas de los reveses con los triunfos, i toda esta tragedia de las cosas humanas en que tenia ántes su parte i su accion. La historia cuenta mui pocos hombres que hayan pasado de la vida pública a la vida privada con-

servando, con la tranquila posesion de sí mismos, la plenitud de su grandeza. La mayor parte se consumen en un aburrimiento vulgar; otros piden a las pasiones de los sentidos el olvido de sí mismos i de su dignidad; los mas elevados sucumben al misterioso veneno del pesar.”

MUERTE DE NAPOLEON.

Se acercaba ya la última hora de Napoleon. Los años 1819 i 1820 trascurrieron en alternativas de enfermedad i de restablecimiento, que hicieron presajiar una crisis suprema. A principios de 1821, el cautivo comenzó a declinar; habiendo aparecido un cometa en el cielo, recordó el de Julio César, i consideró próximo su fin. El 17 de marzo se manifestaron síntomas muy graves; en los dias siguientes, la enfermedad hizo admirables progresos, i no tardó en perderse toda esperanza.

Un momento se creyó conocer alguna mejoría en su estado. “Os alegráis, dijo, i no os equivocáis; estoi mejor, pero no considero por eso mas lejana mi muerte. Cuando no exista, cada uno de vosotros tendrá la felicidad de volver a ver la Europa i su familia. Yo recibiré a mis valientes en los Campos Eliseos. Sí, añadió solemnemente, Kléber, Desaix, Bessières, Duroc, Ney, Murat, Masséna, Berthier, todos saldrán a mi encuentro. Viéndome, vendrán todos, locos de entusiasmo i de gloria. Hablaremos de guerra con los Escipiones, los Aníbales, los Césares, los Federicos, *a ménos*, añadió riendo, *que por allá tengan miedo de ver tantos guerreros juntos.*”

Entónces se acercó el doctor Arnold, cirujano de un rejimiento ingles. “Es ya un hecho, le dijo Napoleon, el golpe está dado. Se acerca mi fin; voi a devolver mi cuerpo a la tierra. Bertrand, traducid al señor lo que vais a oír:

“Habia venido a sentarme en el hogar británico. Pedia una legal hospitalidad. Contra todo derecho se me respondió con los hierros. Hubiera recibido otra acogida de Alejandro, del emperador Francisco, del rei de Prusia. Pero reservado estaba a la Inglaterra sorprender, arrastrar a los reyes, i dar al mundo el inaudito espectáculo de cuatro potencias encarnizadas contra un solo hombre. Vuestro ministerio es el que ha escojido esta espantosa roca donde se consume en ménos de tres años la vida de los europeos, para concluir con la mia por medio de un asesinato. I, ¿cómo me habeis tratado desde que estoi en este escollo? No hai indignidad en la cual no os hayais complacido. Las comunicaciones mas sencillas de familia, aun aquellas que no se han prohibido a nadie, me las habeis rehusado; mi mujer i mi hijo no han vivido para mí; me habeis tenido seis años en el tormento del secreto, en esta isla inhospitalaria, etc.”

El 5 de julio de 1821, una noticia prevista hacía algun tiempo, pero que debía sin embargo producir en Europa una profunda sensacion, i una viva emocion en Francia, llegó a Paris: Napoleon habia muerto el 5 de mayo, en la roca de Santa Elena. Lo lejano de su cautividad i de su muerte debía ser ventajoso para su memoria, como en tiempo del directorio, su lejana expedicion a Egipto habia sido ventajosa para su ambicion i su vida. Las sombras de sus últimos años, esa especie de impaciencia febril con que se habia defendido contra la adversidad, en lugar de aceptarla con la grandeza de la filosofía estóica; ese aislamiento que cada dia era mayor por los altercados intestinos de los que lo rodeaban; esa guerra tan infernal que habia sostenido contra la odiosa solicitud de Hudson Lowe, que tenia las desconfianzas i los temores de su responsabilidad; todo desapareció a la luz de una apoteosis.

La gloria militar de Napoleon se confundia con la de la Francia, interesada en defenderla i mantenerla como uno de los esplendores de su historia. La grandeza del personaje histórico que habia gobernado durante quince años a la nacion, llegaba a ser como una especie de propiedad nacional. Además, Napoleon tenia la buena fortuna de legar, muriendo, un nuevo motivo a la pasion secular de la Francia contra la Inglaterra, pues, acusaba a ésta de su muerte ante la posteridad.

Las almas jenerosas en presencia de esos seis tristes i largos años que el cautivo de Santa Elena acababa de pasar en una roca, en medio de las soledades del Océano i bajo un clima de fuego, olvidaban los males que su ambicion habia desencadenado sobre la Francia.

El tiempo habia cicatrizado las heridas abiertas en el seno de la patria por tantas guerras; sus contemporáneos perdonaban a esta desgracia de ayer sus desgracias pasadas; por otra parte, una nueva jeneracion llegaba a la edad de hombre, tanto mas indulgente con las faltas del imperio cuanto que ella no habia soportado su peso.

La historia no tiene miramientos con nadie. No puede someter sus juicios ni a las ilusiones de unos ni a los cálculos de otros. Busca i encuentra el verdadero Napoleon en esas cartas en que él mismo se pinta con el despotismo de una voluntad que miraba los medios mas violentos i mas indignos como lejítimos, desde el momento que le eran útiles, los obstáculos como levantamientos, las resistencias, ya fuesen dictadas por el sentimiento relijioso o el nacional, como crímenes. No acepta a ese Napoleon humanitario, a ese César sentimental que se le quiere imponer. Desde el punto de vista del jenio, Napoleon es la gran figura contemporánea como hombre de guerra i como organizador. Tuvo, al salir de la Revolucion Francesa, que habia hecho el caos, que subvenir a las dos primeras necesidades de la sociedad: la relijion i la administracion; con la intelijencia que ve, tuvo la voluntad que ejecuta cuando

está secundada por las circunstancias. Tuvo, además, el jenio militar que le ayudó a ocultar el gobierno absoluto bajo trofeos. Debió catorce años de reinado a esas tres grandes dotes de su naturaleza: la intelijencia de las cosas políticas i civiles, la voluntad i el jenio militar. Pereció por abuso del principio de su gobierno, que era la omnipotencia de una voluntad solitaria imponiéndose a todo i todos, i que, despues de haber sido irresistible miéntras las circunstancias la favorecieron, debia romperse i se rompió en un duelo imposible contra las circunstancias que se habian hecho desfavorables, en parte a consecuencia de sus faltas i en parte, por el curso natural de los acontecimientos.

Es preciso admirar la grandeza intelectual de este personaje i la admiracion crece al leer sus dictados de Santa Elena, pero le falta la grandeza moral. Inspiró numerosas adhesiones, i no sintió ninguna, ni para una creencia, ni para una idea, ni para una causa. Se ve, por lo que él mismo dijo, que fueron motivos puramente humanos los que lo decidieron a restablecer el catolicismo en Francia. Sin embargo, estaba léjos de ser irreligioso, pero vacilaba entre todas las relijiones, que consideraba, él mismo lo dijo, *como la obra de los hijos de los hombres*. Esta proposicion es formalmente herética i por consiguiente incompatible con la profesion de cristiano. Las palabras que se atribuyen a Napoleon sobre la divinidad de Jesucristo, i de las cuales los oradores i los poetas se han apoderado embelleciéndolas, son apócrifas. Además, no basta para ser católico creer en la divinidad de la Iglesia.

¿Envió Dios a Napoleon en sus últimos años una luz mas completa? Se debe esperarlo sin poderlo afirmar.

El 15 de abril de 1821, habia escrito en el encabezamiento de su testamento: "Muero en la relijion apostólica i romana, en el seno de la cual nací hace mas de cincuenta años." Pero en ese testamento escribió estas líneas: "He hecho arrestar i juzgar al duque de Enghien, porque era necesario para la seguridad, el interés i el honor del pueblo frances, cuando . . . mantenía, segun su propia confesion, sesenta asesinos en Paris." En una circunstancia semejante, *obraré aun del mismo modo*. En el mismo testamento fecha 24 de abril de 1821, se lee aun estas líneas: "Legamos diez mil francos al sub-teniente Cantillon que ha sufrido un proceso, como prevenido de querer asesinar a lord Wellington, de lo que ha sido declarado inocente. Cantillon tenia tanto derecho para asesina a ese oligarca, como éste para enviarme a perecer sobre las rocas de Santa Elena."

Cierto, el encabezamiento de ese testamento es cristiano, pero el sentimiento que ha dictado las dos disposiciones que acabamos de citar no lo es. ¿Algunos dias mas tarde, una luz sobrenatural brilló en esa intelijencia? ¿La paz descendió a esa alma súbitamente iluminada? ¿Esa conciencia se juzgó i se acusó ántes de presentarse aljuicio de Dios? Ese es un secreto del sepulcro.

Lo que se puede decir, es que hácia fines del año 1819, cuan-

do dos eclesiásticos enviados por el cardenal Fesch, el presbítero Buonavita, antiguo misionero de Méjico, i el presbítero Vignale, llegaron a Santa Elena, Napoleon habló de ellos de un modo que hace creer que él habria deseado encontrarse en presenaia de un sacerdote capaz de resolver los problemas que ajitaban su espíritu. “Reconozco en esa eleccion a mi tio Fesch, dijo despues de haber hablado con ellos de asuntos relijiosos. Necesitaba un sacerdote sabio con el cual pudiera discutir los dogmas del cristianismo. Cierto, no me habria hecho mas creyente en Dios que lo que soi, pero me habria instruido quizas en algunos puntos importantes de la creencia cristiana. ¡Es tan dulce acercarse a la tumba con creencias católicas! Pero nada de eso tengo que esperar de mis dos sacerdotes. Sin embargo, me dirán misa, i estarán buenos para eso.”

Desde ese dia, en efecto, Napoleon hizo decir misa todos los domingos en el gran comedor de su triste residencia, que habia trasformado en capilla. Habiéndose permitido algunas chanzas a este propósito, Antomarchi, jóven médico que se le habia enviado, Napoleon lo reprendió severamente diciéndole: “Que él, por su parte, admitia que se fuese o nó creyente, i que de ahí no concluia nada en pro ni en contra de nadie; pero lo que no podia soportar era la falta de respeto para con la relijion mas venerable del jénero humano, i que para franceses e italianos era la relijion nacional.” Así fué que, mui próximo a morir, en los últimos dias de abril de 1821, recomendó al presbítero Vignale que hiciese observar en sus funerales los ritos del culto católico; i como el mismo doctor Antomarchi dejase escapar una sonrisa, “Jóven, le dijo Napoleon, con tono severo, quizás tengais vos demasiado talento para creer en Dios; pero yo no: no es ateo todo el que quiere serlo.”

Tal fué, segun las narraciones mas verosímiles, la última expresion de las ideas relijiosas de Napoleon. Algunos escritores, con ideas loables, han ido mas allá; pero yo no los seguiré en ese terreno. Las cosas son como son: todos necesitan de la verdad relijiosa, i ésta de nadie. En presencia de ese poder, de esa sabiduría i de esa bondad infinitos que se llaman Dios, la grandeza deja de existir i son igualmente pequeños el primero i el último de los hombres.

El 4 de mayo de 1821, una horrible tempestad, como presajio siniestro, derribó todos los árboles que prestaban su sombra a Napoleon; i en la misma tarde, a las cinco i media, no interrumpia éste el letárgico silencio en que estaba sumido sino para hacer oír aquellas dos célebres palabras que son como el resúmen de su vida: “Cabeza... Ejército.” Veinte minutos despues, Napoleon no existia ya. Con su última mirada habia acariciado todavía el busto de su hijo colocado desde hacia un mes en frente del lecho mortuorio.

Entre los papeles de Napoleon recojidos de su escritorio, las

siguientes reflexiones escritas de su mano dan idea de los pensamientos que devoraban su alma i cavaban diariamente la tumba a que acababa de bajar: “Nuevo Prometeo, estoi clavado en esta roca en que un buitre me roe. Sí, yo habia robado el fuego del cielo para dotar con él a la Francia; el fuego ha vuelto a subir a su fuente, i héme aquí! El amor a la gloria es como ese puente que Satanás echó sobre el caos para pasar del infierno al paraiso; la gloria junta el pasado con el porvenir, de que estaba separado por un abismo inmenso. ¡Nada mas que mi nombre lego a mi hijo!”

El desterrado de Santa Elena decia a uno de sus últimos confidentes: “Yo era como la cúpula de los Inválidos, resplandeciente de oro bajo el sol de estío; pero la lluvia de la desgracia ha caido sobre mí i cada dia desprende algun pedacillo de oro. No soi ya mas que plomo i pronto no seré mas que un poco de tierra. Hé ahí la gloria: ¿Qué deja en pos de sí? ¡Solo una tumba!”

JORJE SMITH.